

PRÓXIMO NÚMERO:

La preciosa novela

GENTES DE MAR

Intérpretes principales:

THOMAS MEIGHAN
y AGNES AYRES

INTERESANTÍSIMO ASUNTO

10 fotografías 25 céntimos

Postal - regalo: BABY PEGGY

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

Sale todos los miércoles

Precio: 25 céntimos

E. VERDAQUER MORERA.-TOPETE, 16.-TARRASA

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 160

50 cts.



LA GOTA
DE SANGRE

POR
ANDRÉE LIONEL

NÚMERO EXTRAORDINARIO

FilmoTeca
de Catalunya



LA GOTA DE SANGRE

Argumento de la película de dicho título

Enamorado de la ciencia, a la que consagrara todos sus juveniles entusiasmos, Justino Chenavat, alma buena y sencilla, vivía solo y sin amor, ignorando lo que fuesen los goces de la vida.

Matilde, una mecanógrafa, en toda la plenitud de su atrayente belleza, vivía modestamente en compañía de su madre, ganándose el sustento sacando copias a máquina en su casa.

El azar caprichoso, cual si el trabajo hubiese llamado al trabajo, hizo que la joven y el sabio se conocieran.

Fué en una avenida. Soplaba el aire con

cierta osadía. El hombre de ciencia leía unos papeles por la calle. De pronto un documento voló de sus manos, recogéndolo, a sus pies, la señorita.

Justino se deshizo en demostraciones de gra-



Justino Chenavat, alma buena y sencilla, vivía solo y sin amor...

titud, descubriéndose varias veces y curvando su cabeza y su cuerpo otras tantas, muy reverencioso.

Gratamente impresionados mutuamente,

tanto el eminente sabio como la humilde mecanógrafa desearon volver a verse.

Y se vieron, muchas, muchas veces más.

La caballerosidad y la ternura empleadas con ella por Justino, hicieron creer a Matilde que, al fin, había llegado para ella la hora de amar, esa hora tan dulce que ansían conocer todas las mujeres, por ellas mismas.

De sus encuentros en los paseos, Matilde y Justino sacaron la consecuencia de que debían formalizar aquella amistad, y la madre de la muchacha dió entrada en su hogar al interesante pretendiente.

Como él la amaba honrada y noblemente, Justino reveló a las dos mujeres que acariciaba en su rejuvenecido corazón la esperanza de ser el marido de Matilde.

La elegida por el sabio se estremeció de dicha y temor a un mismo tiempo.

Su madre, advirtiéndolo, le aconsejó que no se dejara escapar la ocasión que se le presentaba de ser dichosa.

—Mamá...

—¡Es tu salvador! ¡Un hombre tan conveniente por todos conceptos!

Matilde palideció... Por su torturada mente

desfilaba la triste historia de unos amores muertos.

"No sabía entonces de la vida más que el sabor de las caricias de su madre.

"Un día, para su mal, un hombre, joven y aventurero, se cruzó en su camino, susurrándole a sus castos oídos frases que jamás oyera.

"Hábil, como suelen serlo esos donjuanes de la calle, ese hombre consiguió influir en la voluntad de Matilde, y sucedió lo que tenía que suceder dado el cariz que habían tomado las cosas.

"Consumado el hecho, el villano se inhibió de responsabilidades.

"Matilde suplicó, no por ella, sino por el que no tenía culpa, en vano.

"El miserable la abandonó, renegando del hijo que vino al mundo."

Recordándolo, Matilde dijo a su madre:

—Hemos procedido mal. Justino no debe ignorar por más tiempo que yo tengo un hijo.

A lo que, asustada, repuso la anciana, incurriendo en pecado de egoísmo materno:

—Tú quieres, por lo visto, que el señor Chenavat no vuelva a poner los pies aquí. ¡Un hombre tan conveniente por todos conceptos!

Matilde, agobiada por el peso de su culpa y la vacilación de engañar al nobilísimo sabio, entregóse al llanto.

La reflexión y los avisos de su madre, pudieron, al fin, hacerla tomar una favorable determinación.

El temor de la miseria venció a los recuerdos tristes.

Y, así, avínose Matilde a ser la esposa del sabio excelente, y a decir adiós por mucho tiempo al hijo de su culpa, oculto en una casa de buenas gentes que cuidaban de él mediante una retribución.

La despedida fué enternecedora. En poco estuvo que Matilde renunciase a su cambio de situación, para quedarse con su hijito y no dejarle huérfano del cariño de madre.

—Por conducto de mi madre recibirán ustedes, mensualmente, el importe de la manutención de mi hijo, y lo que necesiten para él. Sobre todo, trátenle ustedes como si fuera de su sangre. Todo lo que yo tenga ha de ser para él, y nunca echaré al olvido la buena voluntad de ustedes.

El niño miraba a su madre con sus ojitos de ángel.

¡Qué difícil le resultó a Matilde separarlo de sus brazos!

Pero fué preciso resignarse.

Así lo mandaba la vida.



Y Matilde se casó con Justino, considerándose éste el hombre más afortunado del mundo.

¿Se unió a él Matilde enamorada?

¡Qué duda cabe!

El que una mujer haya tenido un hijo con otro hombre que no sea su marido, y antes, naturalmente, de casarse, no significa que esa mujer haya amado como único amor de su vida al padre de su hijo.

Aclaremos este concepto del amor en una

mujer que se encuentre en el mismo caso de Matilde.

Ella amó al chalán que le quitó la honra, alucinada por el brillo del sol de la juventud y embriagada por el perfume de las flores que se abren al soplo de la acariciadora brisa.

No tuvo tiempo de analizar su error...

La barca de los sueños deslizóse por las aguas misteriosas de lo desconocido, y arribó a la isla del fuego... y allí, cual incauta mariposa, quemáronse sus multicolores alas.

Después, el análisis de su caída convirtióla en amante forzada de su hombre, porque el hijo que llegaba reclamaba un padre.

Más tarde, el desengaño abrió los ojos de la infeliz a la verdad, y ya no hubo en su pecho, para aquel miserable, más que desprecio.

Y dispuesta estaba Matilde a purgar su delito de juventud inexperta, trabajando hasta sus últimos años y sus últimos momentos de energía, para su hijo.

La vejez, que conoce los escollos que las desventuradas del mundo encuentran en la vida, infiltróse en el espíritu de la caída, y la idea de volver a la senda de la dicha operó el final de la aventura con el sabio.

¿Entonces, fué un cálculo de interés el que decidió al matrimonio a Matilde?

Hubo cálculo, es decir, premeditación, sí; pero no tan sólo eso; que también Matilde había aprendido a amar a su esposo.

Prueba de ello era que, al cabo de tres años de matrimonio, Justino y Matilde vivían en la más completa dicha, tratándose de los dos solos.

Como inspirado por su mujercita, Justino obtenía triunfo tras triunfo en su carrera.

He aquí lo que decían de él, a la sazón, los periódicos franceses:

JUSTINO CHENAVAT EN LA SORBONA

Don Justino Chenavat, nuestro gran químico, dió ayer tarde una notable conferencia sobre la historia de la química orgánica, en la Sorbona.

El público, numeroso, distinguido e ilustrado que le escuchó atentamente, ha hecho grandes elogios de este eminente sabio.

Felicitamos al señor Chenavat por tan señalado triunfo.

Matilde no faltó a dar su enhorabuena a su

marido, como demostración de que seguía punto por punto todo lo que a él le afectaba, y Justino recibió con ello una gran alegría.

—¡No puedes imaginarte cuánto te agradezco que me quieras, no solamente con el corazón, sino también con el espíritu!—exclamó, estrechándola contra sí con inefable ternura.

Al tiempo que Justino se conquistaba la gloria por su propio esfuerzo, Matilde premió su amor dándole un hijo, deliciosa criatura a quien pusieron el nombre de Renato.

El gran químico, autorizado catedrático universitario, repartía su vida entre su tesoro del hogar, de valor inapreciable, y su profesión. Si la perfección es capaz de existir, podía decirse que aquel hombre era modelo de seres privilegiados.

Pero Matilde, desde que tuvo el segundo hijo, aun amándole con toda su alma, no podía olvidar a su otro hijo, y su mayor ilusión consistía en hablar de Ricardito con su madre, que lo iba a visitar a menudo, y que la tenía al corriente de su crecimiento, educación y desarrollo de inteligencia.

—¿Cómo está Ricardito, mamá?—preguntó-le la última vez.

—Bien, hija mía; perfectamente. No podías encontrar mejor nodriza ni mejor familia para él. Será todo un hombre, Matilde.

—¿No se avergonzará algún día de mí, madre?

—¡Qué idea, hijita! Cuando él sea hombre, comprenderá, Matilde. Los hombres todo lo comprenden.

—¿Y perdonan?

—Han de perdonar... por el mal que nos hacen.

—Yo quisiera verle, madre.

—¿No le has dicho, por fin, nada a Justino?

—Cuando yo me lo propuse, habría sido el momento de decírselo todo. ¡Ahora ya no sabría atreverme! Podría pensar, con justa razón, que he esperado a adueñarme de su vida, como él de la mía, para dispararle ese tiro. Prefiero resignarme a proteger ocultamente a mi primer hijo, hasta que Dios disponga de mí. Gracias a Justino, Ricardito no se privará de nada... excepto, ¡oh, pobre de mí!, del goce de tenerme a su lado siempre.

—Mucha discreción, hija mía, si decides vi-

sitar a menudo a ese pequeño. Si se te descubriera la verdad, tal vez tu marido juzgase mal tu silencio.

—Me rodearé de toda clase de precauciones, madre. Toma. Aquí tienes el sueldo de la nodriza de Ricardito. Si puedo, esta misma semana iré a verle.



Los niños fueron estirándose. Ya eran unos hombrecitos.

Matilde adoraba en los dos por igual, aunque acaso pareciese que se inclinaba más de parte de Ricardín, tal vez porque ponía en sus besos, con idéntica ternura, una irresistible piedad...

Las visitas a casa de la nodriza, antes algo distanciadas, eran ahora diarias.

La fuerza de la costumbre no hizo mal pensar a Matilde, cuando en realidad Justino empezó a sospechar de ella, en vista de sus frecuentes salidas.

Y el sabio sintió celos de su hermosa mujer que, con respecto a él, era tan joven.

—¿A dónde iría cada día a la misma hora? —se preguntaba.

Para rechazar de una vez las invencibles suposiciones que forjó su espíritu, Justino tomó la franca resolución de hablar con Matilde acerca de sus ausencias del hogar.

Y, una noche, cuando volvió su esposa, Justino la interrogó en un tono completamente normal:

—¿Dónde has estado esta tarde, amor mío?

—Me paseé un poco... Después, fuí al taller de las hermanas Lucile, para probarme un traje.

—¿Qué, es bonito?

—No sé si te gustará, Justino.

—Si te lo pones, no hay que decir que me entusiasmará.

—Eres muy galante.

—Y tú... muy bella, Matilde.

Ni uno ni otro no demostraron la más tenue sospecha; pero, al quedar solo, Justino telefoneó, sin que pudiera oírle su mujer, a las hermanas Lucile.

—Oiga. ¿Es la casa de modas de las hermanas Lucile? Se trata de una advertencia relativa al traje que se ha probado esta tarde la señora Chenavat...

—¿...?

—¡Cómo! ¿Dice usted que no están haciendo ningún traje actualmente para la señora Chenavat?

—...

¿Por qué Matilde había mentido para justificar su salida de aquella tarde?

Aunque no lo quisiera, Justino fué presa de inquietadoras dudas, y, como era natural, desde aquel punto y hora dedicóse a vigilar a su mujer.

Siguióle los pasos una tarde, hasta la casa de la nodriza. Vió desaparecer a Matilde por la puerta de un piso, y esperó a que saliera, oculto en el pasillo de la escalera.

Insútil tratar de describir el estado de ánimo del sabio en aquella horrible situación.

¿A quién iba a ver Matilde en aquella casa?

¿A un hombre?

¡No, no; imposible!

¿A quién, entonces?

Abrióse lentamente la puerta de ese piso. Oyóse la voz de Matilde acariciar a un niño. Apareció ella y ese niño, su hijito, un encanto de muchacho, un ángel de cariño, y en último lugar, la institutriz.

Justino espío en la sombra.

—Adiós, hijo mío. Sé bueno. Estoy muy contenta de ti. Quiero que seas un hombre de provecho. Mañana, si no hay novedad y Dios me lo permite, volveré. A ver cómo habrás hecho esos deberes. Ya sabes que quiero verte pronto redactar cartas. La primera se la mandas a Dios, en acción de gracias por la generosidad con que se ocupa de ti, y por la felicidad que proporciona a tu mamita; la segunda, se la escribes a la abuelita, que te quiere mucho; y la tercera... para mí, diciéndome en ella que sabes que pienso mucho en ti, y que tú no me olvidarás nunca.

Matilde lloraba de alegría. Su llanto era silencioso, santo.

El niño respondió, besándola:

—Sí, mamita mía. Yo haré lo que tú me mandes.

Tras esto vino la separación, dulce y difí-



—Sí, mamita mía. Yo haré lo que tú me mandes.

cil como siempre.

Justino, cuando ya nadie le podía sorprender, salió de su escondite, y regresó a su casa, a corta distancia de su esposa.

¿Qué determinación tomaría?

No era preciso pensarla con calma.

Ya estaba resuelto aquel caso en el interior del catedrático.

¿Violencia? ¿Perdón?

¿A qué conduciría lo primero?

En cambio, la disculpa, ¿no es acaso un bálsamo que calma las más vivas heridas?

Y triunfó la nobleza de aquel hombre.

No podía ser de otro modo.

Carácter generoso y compasivo, supo el excelente Justino ahogar su propio dolor, y hallar en el amor que profesaba a Matilde la energía suficiente para perdonarla.

E hizo más, digno de las más puras alabanzas.

Sabía que su esposa pertenecía a una Junta de damas caritativas, y que sus escasos recursos para sus gastos particulares no eran suficientes para asegurar una sólida cultura a su primer hijo.

Pues bien, recordando ese detalle de la caridad de su esposa, la llamó, aquel día, a su despacho, y, entregándole cierta cantidad, le dijo:

—El otro día me hablaste de una obra de

caridad... y ahora acabo de acordarme que tuve la intención de ayudarte a hacer bien.

Y Justino respetó el medroso silencio que su esposa guardaba sobre su primer hijo.

Trancurrieron los años y los niños hicieron dos hombres.

Renato, aventajado estudiante de medicina, había ido a pasar las vacaciones en la casa de sus padres, próxima a Fontainebleau.

Y Ricardo, el hijo inconfesado de Matilde, dirigía, no lejos de la casa de su madre, y gracias a la generosidad de Justino, una fábrica de cal.

El señor Mirador, propietario de dicha fá-

brica, consideraba como a socio a Ricardo, habiéndole concedido amplias facultades para la marcha del negocio por su propia iniciativa.

Su hija Gisela, una fresa viva, reflejaba en su rostro, además de la suya, la bondad de su padre.

Paseando los dos últimos cerca de la fábrica, encontraron a Ricardo, a quien el señor Mirador comunicó la buena noticia de nuevas demandas de fabricación.

—Acabo de recibir nuevos e importantes pedidos, y confío en que usted intensificará la producción para poder atenderlos.

—Daré las oportunas órdenes en el acto, señor Mirador, a tal efecto.

Gisela y su padre se alejaron camino de la casa de los Chenavat, de cuyo jefe era el señor Mirador uno de los mejores y más sinceros amigos.

En tanto, Ricardo vigiló el trabajo de los obreros, estimulándoles a cumplir su cometido con cariño.

A uno de ellos, un tal Bernier, más amigo de la bebida que del deber, le amonestó por sorprenderlo tendido en una plancha de ma-

dera, como si realmente estuviera tomando un baño de sol.

Bernier obedeció de mala gana, y Ricardo se prometía no perderle de vista.

En casa de los Chenavat, Gisela y el señor Mirador fueron recibidos con el sincero afecto de costumbre.

Si buenos amigos eran los padres, no les iban a la zaga los jóvenes.

El bosque que circundaba la casa había asistido varias veces a sus murmullos de amor.

En una choza del lugar vivía una pobre muchacha, de muy cortos alcances, llamada María, la Simple. Su ocupación era coger hierbas y flores y venderlas, o mendigar un pedazo de pan a cambio de trabajos domésticos.

Renato y Gisela habían tenido ocasión de conocerla, y la infeliz criatura les ofrecía un ramo silvestre a cada nuevo encuentro, marchándose luego contenta, dando brincos entre la maleza, apretando en una mano la moneda que, en pago de sus obsequios, solía darle Renato.

Las relaciones de los enamorados prometían terminar pronto en boda, a gusto de los respectivos padres.

Redoblando su vigilancia del trabajo de los obreros de la fábrica, Ricardo tuvo ocasión de sorprender de nuevo en falta al alcohólico



Su ocupación era coger hierbas y flores y venderlas, o mendigar un pedazo de pan...

Bernier, amonestándole con acritud.

—¡Si vuelvo a sorprenderte empuñando el codo, o sin trabajar, te pongo de patitas en la calle!

En vista de la “manía” que le tenía Ricardo, Bernier, el peor obrero de la fábrica, que no cesaba de predicar el desorden y de arras-



Renato y Gisela habían tenido ocasión de conocerla, y la infeliz criatura les ofrecía un ramo silvestre...

trar a sus compañeros hacia el mal camino, habló mal de él:

—¡Hace ya tiempo que nos está fastidiando ese mozalbeta! ¡Basta ya!

Y en el cerebro del alcohólico se desarrolló un plan.

Invitado Ricardo de continuo a la "villa", podía ver a su madre diariamente; pero tenía que reprimirse para que nadie pudiese adivinar los lazos que a ella le unían.

Amante del violín, Ricardo amenizaba las veladas en que tomaban parte los Mirador, con su música clásica, para orgullo y satisfacción de su madre.

Sin embargo, el amor de Matilde no se satisfacía con esas visitas, y a menudo reuníase

con Ricardo en las profundidades de la selva, sin que nadie los viese.

Allí, apartados del mundo, como si estuvieran solos en la tierra, madre e hijo desahogaban su recluso cariño, cual dos vehementes



Allí, apartados del mundo, como si estuvieran solos en la tierra, madre e hijo desahogaban su recluso cariño...

amantes.

Era natural. Cada día se afligía Matilde más de no poder presentarse ante todos del brazo de su hijo, como madre.

Cierta tarde, durante una clandestina entrevista, Matilde, en un momento de tristeza infinita, no pudo menos de implorar a su hijo que la perdonase por la existencia que por su culpa había él de llevar.

Hombre dotado de buenos sentimientos, como los de ella, Ricardo hizo llorar a su madre al afirmarle que nunca pasó por su mente la más insignificante nube de reproche a su conducta; antes, al contrario, su admiración rebasaba todos los límites ante su sublime abnegación.

Pero ocurrió que, aquel día, al regresar Renato de la caza, su diversión favorita, encontró a su madre con su desconocido hermano en la más completa soledad.

La sorpresa de Renato fué enorme, gigantesca, terrible.

Matilde, que se turbó al momento, recobróse rápidamente para salvar la situación, y Ricardo, haciendo lo propio, estuvo pendiente de las palabras de su madre.

—Hola, mamá... Ya estoy de regreso...

—No cazaste casi nada, hijo mío.

—No... no he tenido suerte... Otro día... Tal

vez mañana... ¿Qué, vienes conmigo? Voy a casa.

—Sí, sí, voy contigo. Iba dando un paseo por el bosque, cuando me tropecé con el señor Ricardo. Adiós, señor... Hasta luego. Digo, si viene usted a casa esta noche.

—Adiós, señora. Señor Renato, tanto gusto.

—El gusto ha sido mío.

Renato faltó a la verdad, pues aquel inesperado encuentro era fuente de las más horribles conjeturas.

Así lo comprendió Matilde por la conducta de Renato, quien no pudo hablar en todo el trayecto.

Aquel prolongado mutismo, del que el propio Renato no se daba perfecta cuenta por razón de su ensimismamiento, hizo sentir a la infortunada madre que sobre ella tendía sus terribles alas el monstruo horrendo de la vil sospecha.

Al llegar a su casa, Matilde, con suma naturalidad que desconcertó a Renato, dijo a Justino, que salió a recibirles:

—Venimos de dar un paseo por el bosque.

Y Renato, mordido por el reptil de las incalificables apariencias, preguntóse:

—¿Por qué no ha mentado para nada a Ricardo?

Entretanto, el hijo inconfesado se paseaba cabizbajo y solo, lejos del hogar honrado al cual no tenía derecho.

*
*
*

Aquella misma noche, Renato abismóse en un profundo piélago de consideraciones, durante y después de la cena.

Hallábanse en la casa los acostumbrados.

¡Su madre se conservaba tan joven!...

¡Su padre estaba tan avejentado!

¡Ricardo estaba siempre tan triste y tan melancólico!

Y a medida que adquiría la certeza de la falta, un rencor reconcentrado inflamaba su

ardiente corazón: ¡Ricardo amaba a su madre!

Sin medir sus palabras, Renato se quejó de la música de Ricardo, y éste, cambiando una expresiva mirada con su madre, cesó de tocar, para no interrumpir el juego a que estaba entregado su hermano con el sabio y el señor Mirador.

Luego, en la terraza de la casa, el hecho de hablar, a solas, Matilde y Ricardo, confirmaba más las sospechas de Renato, quien, en su insana quimera, interpretaba como signo de amargo sufrimiento la discreta piedad de su excelente padre.

Matilde, advirtiendo la atención que Renato tenía puesta en ellos, murmuró a Ricardo:

—Renato no nos quita la vista de encima. Es preciso que me aleje de ti. Hasta mañana, a las cinco, en la explanada de las rocas.

Al día siguiente, Gisela, recordando la actitud de su prometido Renato, expuso sus temores a su padre, el señor Mirador.

—Papá, ¿no te fijaste en lo triste que anoche estaba Renato?

—Sí, pero no le di importancia...

—Yo sí. Parecía que tratase de ocultar al-

gún pesar secreto. Nunca le había visto de ese modo.

—¿Os enfadasteis?

—No, no, papá...

—¡Bah! No te preocupes por un simple malhumor de tu novio...

A las cinco, como convenido la víspera, Ricardo esperaba a su madre.

Matilde no se retrasó.

Esa entrevista fué muy sentimental.

—¡Hijo mío, tengo miedo! Adivino que Renato abriga ciertas dudas... Es terrible, Ricardo, haber creado esta situación, y, compréndelo, hijo, esto que hacemos es una imprudencia. Debemos renunciar a vernos de este modo... Mientras buscamos una solución, seguiremos viéndonos en casa, sólo en casa, delante de todos.

—¡Mamá, vas a privarme de mi única alegría!

—¡Pobre hijo de mi vida! No hay más remedio que renunciar a la lucha contra la malicia. No te entristezcas. Ya verás como pronto nos volvemos a reunir. Adiós; dame un beso.

Ricardo besó largamente a su madre, y Renato, que los estaba observando desde lejos,

sintió que la sangre afluí encendida a su cabeza.

Renato había seguido a su madre, y, al quedar solo Ricardo en la explanada de la última entrevista en aquellos parajes, se dirigió, sin ser visto por aquélla, al encuentro de su inconfesado hermano.

—¡Miserable!

—¡Señor Renato!

—¡Usted ha osado elevar sus ojos hasta mi madre!

—¡Usted se ha vuelto loco!

—¿Se atreve usted a negarlo? ¡Lo he visto con mis propios ojos! Y esa osadía no puede quedar impune. Le repito que es usted un canalla... y un cobarde...

Ricardo toleró las ofensas antes que delatar a su madre como tal, y ante su pasividad Renato redobló su furia, obligando a defenderse a su hermano.

Ciego de ira, Renato derribó a su hermano al suelo, le asestó tremendos golpes sin dirección, y lo arrojó locamente al pie de un arroyo, dejándole por muerto.

Al darse cuenta de su crimen, Renato oteó



—*Mucha discreción, hija mía, si decides visitar a menudo a ese pequeño.*

hacia todos lados, para adquirir la certeza de que nadie había presenciado la escena.

Y echó a correr hacia su casa, como si le



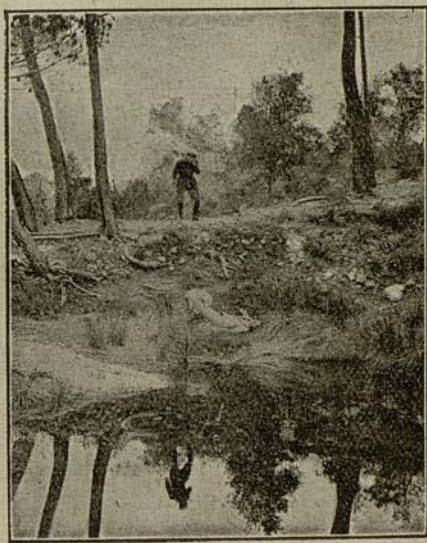
—¿Se atreve usted a negarlo? ¡Lo he visto con mis propios ojos!

persiguieran reprochándole su hazaña y señalándole el castigo.

Cuando regresó a la “villa”, había recuperado algo la calma.

—¡Por lo menos, el honor de mi padre está vengado!—dijo para sí.

Poco después, los Mirador y algunas amis-



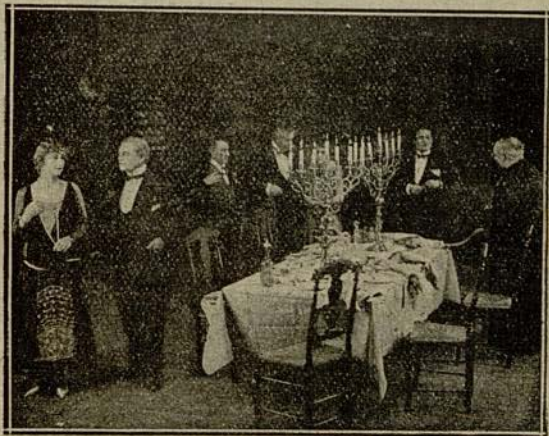
... y lo arrojó locamente al pie de un arroyo, dejándole por muerto.

tades más se reunieron en torno a la mesa de los Chenavat.

Durante la cena, Renato disimuló su turba-

ción, seguro de que nadie podría sospechar el drama de que había sido protagonista.

Notada, con sorpresa y temor, la ausencia de Ricardo por Matilde, y preguntado acerca del motivo de ella, el señor Mirador respondió



Notada, con sorpresa y temor, la ausencia de Ricardo por Matilde...

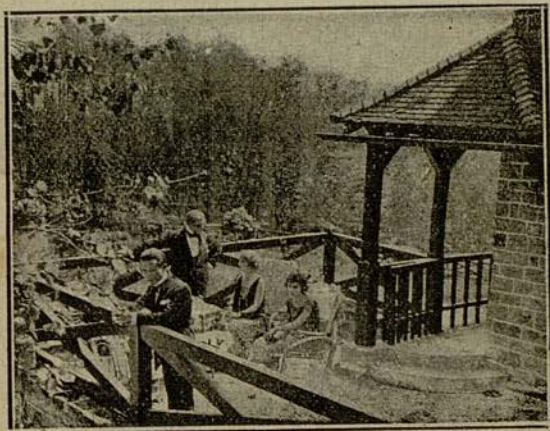
que lo ignoraba.

En cambio, Renato afirmó que Ricardo había dicho el día antes que aquella noche no comería con ellos.

Después de la cena, Renato, atenzado por

la visión del castigo que merecía su crimen, aislóse en el jardín, yendo a reunírsele allí Gisela, inquieta de la tristeza de su novio.

—¿Qué te ocurre, Renato? ¿Es que ya no me quieres?



Después de la cena, Renato, atenzado por la visión del castigo que merecía su crimen...

—Sí, sí, Gisela... Pero, no sé, me encuentro fatigado, intranquilo.

—Anoche también noté que lo estabas.

—Sí, sí... anoche también.

A aquella misma hora, María, la Simple, erraba por los bosques.

Y en un mesón de los alrededores, Bernier, el alcohólico, se mojaba el gaznate, y se iba de la lengua contra Ricardo.



—Anoche también noté que lo estabas.

—Sí, sí... anoche también.

—Tenemos, por desgracia, un director con muy malas entrañas... ¡pero no será eterno!

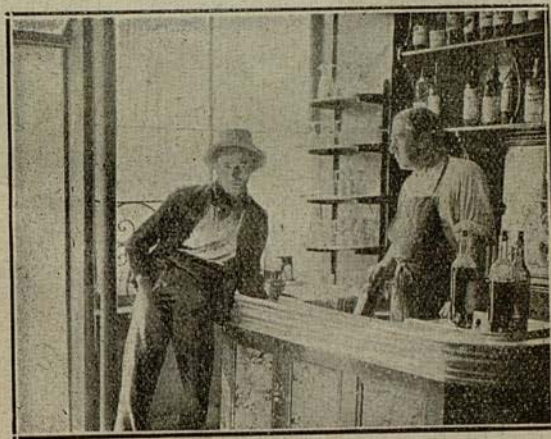
—Allá vosotros con vuestras cosas—dijo el tabernero.

—Eso es lo único que sabéis decir los pa-

tronos como tú. Si fuérais obreros como nosotros, ya hablaríais de otro modo. ¡Si no habría de haber amos, hombre! ¡Todos iguales!

—¡Todos borrachos, claro!

—Vaya, abur, *iznorante*.



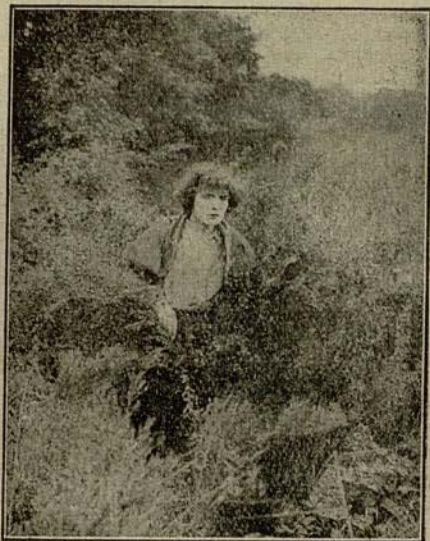
—Tenemos, por desgracia, un director con muy malas entrañas... ¡pero no será eterno!

Caminando a la aventura, Bernier halló a Ricardo, y su idea de venganza se llevó a efecto.

—¡Sí, sí! ¡Es el Director! ¡Esta es la mía! —exclamó.

Y puso manos a la obra, espiándole, por casualidad, María, la Simple.

Al verla, Bernier, temiendo que la mucha-



Y puso manos a la obra, espiándole, por casualidad, María, la Simple.

cha lo delatase, iba también a arreglarle la cuenta, pero la pobre inconsciente, adivinando los propósitos del malvado, le mordió fe-

rozmente en una mano, huyendo después a través del bosque.

Renato, por su parte, acosado por el temor de que se le descubriese su crimen, encontrándose el cadáver de su hermano, se dispuso a hacerlo desaparecer, convenientemente disfrazado.

Pero ¡el cadáver había desaparecido!

¿Qué significaba aquello?

María, la Simple, también le vió, y como lo confundió con Bernier, pues como éste Renato se cubrió el rostro con un pañuelo, le gritó, huyendo:

—¡Malvado!

Y, cada vez más turbado y miedoso, volvió Renato a la "villa".

*
**

Al día siguiente, el señor Mirador, intrigado por la misteriosa desaparición de Ricardo, que no había dado señales de vida desde la tarde anterior, preguntó por él a todos los obreros, y a gentes del lugar, sin resultado, conviniendo en reclamar el inmediato auxilio de la policía, para aclarar áquel misterio, que lo era, tratándose de un joven que no podía ausentarse de la fábrica, por su cargo, y que si hubo de hacerlo alguna vez dió antes el oportuno aviso.

Sin perder un instante, se telefoneó a la ciudad.

No tardó en presentarse el Juez de Instrucción, que dió al punto principio a sus pesquisas.

Renato seguía la encuesta tratando de vencer su natural angustia.

Las horribles inquietudes que la infeliz Matilde sentía por su hijo Ricardo, eran tanto más dolorosas cuanto que, a toda costa, debía



Las horribles inquietudes que la infeliz Matilde sentía por su hijo Ricardo, eran tanto más dolorosas...

disimularlas.

Justino participaba en silencio del dolor de su esposa.

El Juez llegó hasta preguntar a la Simple

si había visto a alguien sospechoso, y la muchacha, haciendo memoria, relató la escena que había presenciado.

—Sí, sí, un hombre cogió a otro hombre... y se lo llevó lejos. El criminal... llevaba un sombrero... el rostro tapado con un pañuelo... huyó... quiso matarme...

Renato tuvo miedo. ¿Le reconocería la Simple, que le vió? Pero ¿cómo era que ella declaraba que el hombre enmascarado quería matarla, si él no la amenazó siquiera?

—¿Dónde viste a ese hombre? — prosiguió preguntando el Juez a la Simple.

—Por allí... un poco lejos de aquí.

—¿Puedes conducirnos al lugar donde le viste?

—Sí, sí; síganme. Es por allí... allí...

Cerca del lugar donde la Simple tuvo el encuentro con Bernier, se halló una hoja manchada de una gota de sangre.

—Esta gota de sangre pertenece, sin duda, a alguna pieza de caza—hubo quien apreció.

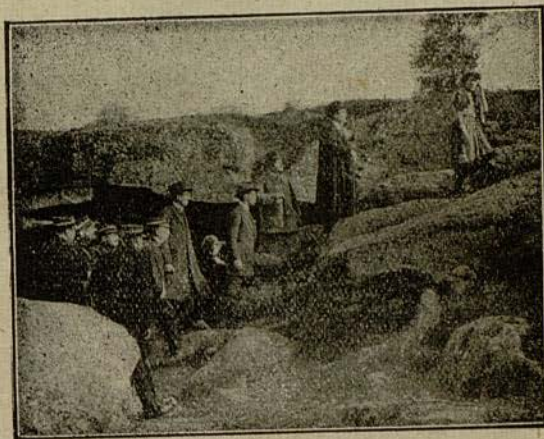
—Es posible—dijo otro.

—¡Pero yo le di al malvado un mordisco en la mano!—declaró la Simple.

El Juez se incautó de dicha hoja, y dijo a Renato:

—Su padre de usted puede hacer el análisis de la sangre.

Y luego, algo más tarde, mientras Justino



—Sí, sí; síganme. Es por allí... allí...

Chenavat hacía el análisis de la gota de sangre, el Juez de Instrucción se dirigía a practicar ciertas pesquisas en el domicilio de Ricardo.

El químico, tras breve experiencia, pronun-

ció su fallo delante de Matilde, Renato y el señor Mirador.

—¡La duda es imposible! ¡Es sangre humana!

Asombro. La madre hizo esfuerzos por sostenerse en pie.

Tan pronto Renato y el señor Mirador fueron a reunirse con el Juez para declarar que la gota era de sangre humana, Matilde miró a su esposo con ojos extraviados, dispuesta a quitarse un enorme peso de encima.

—¿Qué tienes tú, Matilde?—inquirió, atento, Justino.

La horrible sospecha de que Ricardo hubiese muerto, venció los temores de la pobre madre, y de sus labios brotó la confesión de su pecado de antaño.

—Justino... A ti, tan bueno conmigo desde que me miraste la primera vez... a ti, mi buen amigo, mi querido compañero, he de abrirte mi corazón que sangra de amargura. Yo... yo, mi Justino del alma, te he ocultado siempre una falta... una falta muy grave... Ricardo... ese Ricardo que ha desaparecido... ¡era hijo mío! ¡Perdóname, si crees que lo merezca!

Y la pecadora se cubrió con las manos su

rostro hollado por las lágrimas del más acerbo dolor... el dolor de madre, pendiente de la sentencia del esposo.

Entonces, sin notas graves, en su tono bondadoso de siempre, Justino, atrayéndose a su mujercita, su dulce bien, su ángel tutelar, musitó:

—Lo sabía, Matilde... desde hace mucho tiempo.

—¿Lo sabías?

—Sí... Y nada temas, pues desde que lo supe, te perdoné, Matilde.

—¡Mi Justino! ¡Es posible que seas un hombre tan bueno! ¡Oh, sí, sí, debí haberme sincerado contigo! Tú me hubieses comprendido... ¡Mi Justino! ¡Tuya, tuya, siempre tuya! ¡No he pertenecido a nadie más que a ti, porque tú posees mi alma toda! Mi bien, mi bien...

Y Matilde lloraba espasmódicamente.

Justino, conmovido, la estrechó amoroso contra su corazón, y lloró con ella.

No rodaban lágrimas por sus mejillas, sino por sus labios, que besaban... murmurando notas de consuelo.

En tanto que el Juez se enteraba del resultado del análisis de la gota de sangre, la Sim-

ple, en un corro de gente, entre la que se contaba Gisela, repetía lo declarado ante aquél, o sea, que ella mordió la mano del criminal.

El Juez, en sus pesquisas, decidió abrir los cajones de la mesa-despacho de Ricardo.

—Es posible que encontremos entre los papeles del desaparecido la clave del misterio—opinó.

Renato se puso lívido, y protestó de ello:

—Pero, ¿con qué derecho pretende usted violar los secretos de Ricardo?

—¡Yo represento a la Ley, para la cual no debe haber secretos!—respondió el Juez.

—Naturalmente, señor Juez—intervino el señor Mirador, extrañándole la oposición de Renato, quien, temiendo que se descubrieran las relaciones de su madre con Ricardo, huyó de la casa de éste para evitarse la vergüenza que ello representaría para él.

Abiertos los cajones, y practicado un registro en ellos, se encontró, entre otras, la siguiente carta:

Mi adorado hijo Ricardo:

Ven, como de costumbre, esta tarde a las cinco, porque si no estaré inquieta temiendo

que te haya ocurrido algo. Y ya que, por desgracia, no me es dado abrazarte delante de la gente, lo hago ahora mil veces con todo mi corazón.

Tu desventurada madre

Matilde.

Todo comentario a la sorpresa que causó esa carta al señor Mirador, sobraría para comprender cuán grande fué.

—¡Cómo!—exclamó—. ¡Ricardo es hijo de la señora Chenavat?

No lejos de allí, en un mesón, Bernier prestaba atención a lo que decían unos hombres a propósito de la desaparición de Ricardo.

—El autor de la hazaña fué un obrero. María, la Simple, lo vió.

—¡Ah!, ¿sí? ¿Quién pudo ser?

—Eso es lo que descubrirá la Justicia. De fijo practicarán ciertas indagaciones en la fábrica, y, ¡ay de los que no se encuentren en ella! Podría no ser ninguno de ellos el culpable, pero no le marearían poco al que faltase.

Bernier tomó buena nota de ello.

Aun bajo el asombro que le causó el enterarse del parentesco entre Matilde y Ricardo,

el señor Mirador vió a su hija, y le reveló el importante secreto.

—Una estupenda noticia, Gisela... ¡Ricardo era hijo de la señora de Chenavat, y hermano de Renato!

—¿Cómo dices?

—No hay duda de que eso es cierto. Hay, entre varias, una carta que lo demuestra de un modo irrefutable.

—¡Quién iba a pensar tal cosa!

Y Gisela recordaba la extraña actitud de Renato la noche precedente...

¿Existiría acaso alguna relación entre la desaparición de Ricardo y la extraña revelación que acababan de hacerle?—pensó la joven.

Lo aclararía.

Y buscó a su novio.

Encontrólo, inquieto y excitado.

—Renato, ven; hemos de hablar de algo muy importante. Tal vez me necesitas, y quiero que no tengas secretos para mí.

—¿Qué quieres decirme?

—Prepárate a oír una revelación asombrosa. ¡Acaban de ser encontradas en casa de Ricardo cartas de tu madre!

—¡Me lo temía! Y esas cartas... ¿qué dicen?

—Esas cartas han revelado un grave secreto: ¡esas cartas demuestran de un modo indubitable que Ricardo era tu hermano!

—¡Mi hermano! ¡¡Mi hermano!! ¡¡¡MI HERMANO!!! ¡¡¡ERA MI HERMANO!!!

—¡Por Dios, Renato, me asustas!

—¡Oh, Gisela! Si tú supieras...

—¿Qué, Renato?

—¡Yo, impulsado por una indigna sospecha, lo he estrangulado!

—¡Jesús! ¡¡Tú, tú!!

—¡Sí! ¡Soy un fratricida! En un violento ataque de irreflexiva cólera le maté. ¡Ahora comprendo por qué Ricardo no quería defenderse!

—Pero, ¿dónde está su cadáver?

—¿Su cadáver? ¡Lo ignoro! Algunas horas más tarde, le busqué; mas no logré encontrarle.

—¿Ibas enmascarado... disfrazado de obrero?

—Sí.

—¿Viste a María, la Simple?

—Sí.

—¿Te dió un mordisco en una mano?

—No.

—En efecto, tus manos no presentan ninguna señal de lesión.

—¡Oh, Gisela! ¡Yo he matado a Ricardo!

—¡No! Aquí hay otro misterio. Sígueme, Renato. ¡Quizás haya esperanzas todavía!

*
* *

Aquella tarde, el Juez hizo reunir en el patio de la fábrica a todos los obreros que trabajaban en ella.

—Esta pobre muchacha dice que consiguió dar un mordisco en una mano al hombre que la agredió al descubrirle. ¡Muestren todos las manos!—dijo el Juez, acompañado de María, la Simple.

Todos los obreros, menos Bernier, obedecieron, pues levantar las manos significaba para éste su delación. El no contaba con que la idiota ayudaría tan eficazmente a la justicia.

Sin fuga posible, Bernier se abrió paso amenazando a todos con un revólver, y lo disparó, de primera intención sobre la que le vendía, matándola.

¡Pobre María! ¡Cuán cruel se había mostrado el destino con ella!

Gisela le ofreció el amparo de sus brazos, y en ellos expiró, sin rencor para nadie, la desventurada criatura.

Por su parte, la Justicia persiguió a través del monte a Bernier, dándole, al fin, alcance, y obligándole a confesar su crimen.

—¡Vamos! Confiesa... ¿Qué has hecho del señor Ricardo? Si hablas, se te tendrá en cuenta... se te castigará menos.

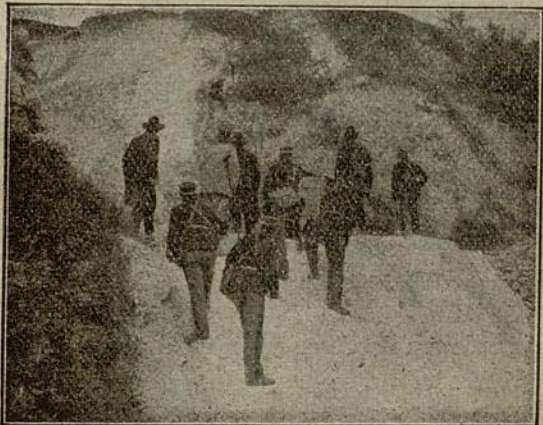
—Verá usted. Yo tenía rencor a ese ingeniero... y como le encontré en la obscuridad, herido y sin poder apenas sostenerse...

—¡Concluye! ¿Le mataste? ¿Qué hiciste de su cadáver?

—¡No! No le rematé. Le derribé al suelo a

puñetazos, y le arrastré, desvanecido, al viejo horno de cal que hay en el bosque.

—¿Al viejo horno de cal del bosque? ¡Si hay orden de encenderlo hoy, a las dos!—exclamó el señor Mirador, consultando con es-



Por su parte, la Justicia persiguió a Bernier...

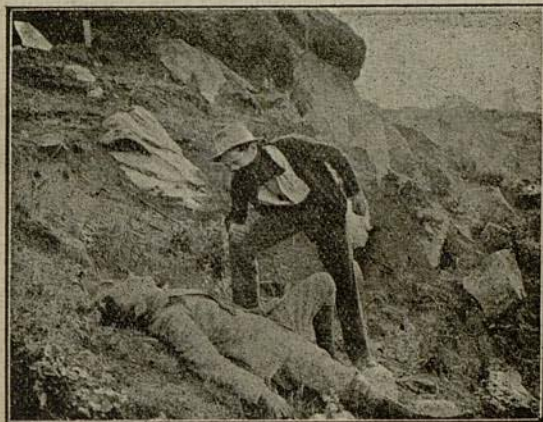
panto su reloj.

—Faltan diez minutos—reconoció el Juez.

—¡No hay tiempo que perder!—gritó Renato, echando a correr en dirección al tal horno.

Se organizó una verdadera carrera para arrancar de la muerte al ingeniero.

Los obreros encargados de ese horno, quemaron leña en su hogar, y fué por milagro que los salvadores llegaron a tiempo de evi-



—... Le derribé al suelo a puñetazos, y le arrastré, desvanecido, al viejo horno de cal que hay en el bosque.

tar que se consumara el horrendo crimen del alcohólico.

Renato expuso su vida entre las llamas para salvar la de Ricardo, y al librarlo de sus liga-

duras se abrazó a él con desespero, exclamando:

—¡Hermano mío! ¡Perdóname!

Ricardo, que lo comprendía todo, rechazó el rencor, y recibió en el seno de su cariño a Renato.

Luego, Ricardo fué conducido a la "villa", donde, con la angustia que es de suponer, aguardaba los acontecimientos la dolorida madre.

Y como todo en esta vida tiene su fin, más o menos agradable, es cierto, según los casos, Matilde pasó por la inefable dicha de recuperar a su hijo públicamente, gracias a la inmensa generosidad del excelente sabio, su adorado esposo, quien la empujó hacia Ricardo y Renato, diciéndole:

—¡Matilde, abraza a tus hijos!

Los corazones se dilataron de gozo, llenos de gratitud, y con sed de bienestar.

Y así, pasada la tormenta, brilló por fin el sol de la felicidad, sin que ninguna nube pudiese, en adelante, venir a obscurecer el cielo de la dicha de aquella amante madre que tanto había sufrido.

FIN

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

NÚMEROS PUBLICADOS

1. No hay juegos con el amor, 6 edic. 2, El Valle Florido, 3 edic. 3, Amor de madre, 3 edic. 4 La Virgen de las Rosas, 3 edic. 5, La culpa ajena, 3 edic. 6. De hombre a hombre, 3 edic. 7, Una mujer, 3 edic. 8, Pesadillas y supersticiones, (extra). 3 edic. 9, Desinterés, 3 edic. 10, El Hábito, 3 edic. 11, Jimmy Sansom, 3 edic. 12, La primera novia, 3 edic. 13, El pequeño Lord Fauntleroy, (primera jornada), 3 edic. 14, El pequeño Lord Fauntleroy, (segunda jornada), 3 edic. 15, La Tormenta, 3 edic. 16, Flor de amor, 3 edic. 17, La Pantera Negra, 3 edic. 18, Bajo dos banderas, 3 edic. 19, Corazón de lobo, 3 edic. 20, Sueños juveniles, 3 edic. 21, El mundo y la mujer, 3 edic. 22, Corazones humanos, 3 edic. 23, El premio gordo, 3 edic. 24, La desconocida, 3 edic. 25, Robín de los bosques, (extra). 3 edic. 26, La Verdad Desnuda, 3 edic. 27, El octavo no mentir, 3 edic. 28, Cleo la francesita, 3 edic. 29, La hija del pasado, 3 edic. 30, La chica del taxi, 3 edic. 31, La hija de los traperos, 3 edic. 32, El príncipe escultor, 3 edic. 33, Llovido del cielo, 3 edic. 34, Mujeres frívolas, 3 edic. 35, Al calor del hogar, 3 edic. 36, Sapho, 3 edic. 37, Directo de París, 3 edic. 38, Lo que vale una mujer, 3 edic. 39, El Valle de los Gigantes, 3 edic. 40 La sombra del padre, 3 edic. 41, Madame Morland, (extra). 3 edic. 42, Un juego peligroso. 43, De mal agüero. 44,

Veintitrés horas y media de permiso, 3 edic. 45, El delincuente. 46, La hija del Arrabal. 47, El rancho del oro, 3 edic. 48, El falsario. 4^a, De los confines del silencioso Norte. 5, Entre hielos. 5¹, La rosa de Nueva York, (extra). 2 edic. 5², El precio de la belleza. 5³, Contra viento y marea, 2 edic. 54, No me olvides, 2 edic. 55, En los jardines de Murcia (María del Carmen) 2 edic. 56, Sacrificio de amor. 57, Eugenia Grandet, 2 edic. 5^a, La Bohème, (extra). 3 edic. 59, ¡Pobre Violeta! 60, Realidades de la vida. 61, ¡Estaba escrito! 62, Las dos huérfanas, 4 edic. 6³, El pescador de perlas. 6⁴, La sin ventura, (extra). 3 edic. NÚMERO ALMANAQUE. 65, La pequeña parroquia. 6^r, Frou-Frou. 67, La Famosa señora de Fair. 68, El Secreto del Polichinela (extra). 70, La Quinta Avenida. 71, El duodécimo mandamiento. 72, Maruxa. 73, La hija del Nuevo Rico. 74, ¿Por qué cambiar de esposa? (extra). 75, Relámpago. 76, La Dolores. 77, Como la arena. 78, La cuna vacía. 79, El encanto de Nueva York. 80, Borrascoso amanecer, (extra). 81, Rosario la Cortijera. 82, La película sin título. 83, Una mujer como otra cualquiera. 84, Todos los hermanos fueron valientes. 8⁵, La batalla, (extra). 86, Espejos del Alma. 87, Gloria fatal. 88, Lo que las esposas quieren. ESPECIAL DEDICADO A POLO. 89, Una novia para dos. ESPECIAL DEDICADO A MARY PICKFORD Y DOUGLAS FAIRBANKS. 90, El muchacho de París. 91, Las sentencias del Destino, (extra). 9², Redención. 93, Alma de Dios, 94, La señorita del pelo corto. 95, Las hijas de los hombres ricos. 96, El novelista y su esposa, (extra). 97, La puerta cerrada. 98, Una pobre maniquí. 99, A todo trance. 100, ¿Por qué tanta prisa? 101, La Casa en la Selva, (extra). 102, La Princesa Demidoff. Tierra Baja (ESPECIAL DEDICADO A ANGEL GUIMERA). 103, En busca de

la felicidad. 104, El buen camino. 105, Amor de árabe. 106, El puñao de Rosas. 107, El Milagro, (extra). 108, Risas y lágrimas. 109, El Nido de Amor. 110, La venganza de una hermosa. 11¹, Juez de sí mismo. 112, El caballero sin tacha, (extra). 113, I Pagliacci. 114, La isla maldita. 115, Domador por amor. 116, Fruta prohibida. 117, Veredicto de inculpabilidad, (extra). 118, Calvario de amor. El Ladrón de Bagdad, (ESPECIAL). 119, El arte de ser distinguida y encantadora. 120, La dama de las Camelias. 121, El Murciélagu. 122, El sargento O'Malley. 123, Respetad a la mujer, (extra). 124, La muñequita de Francia, 125, El amigo de su marido. 126, Lo que toda mujer sabe. 127, El capricho de una dama. 128, Canción de amor, (extra). 129, La mariposa que se quemó las alas. 130, Pecado de juventud. 131, Scaramouche. 132, Siempre audaz. 133, El hijo de Flandes. 134, Sombras que pasan..., (extra). 135, Una flor del camino. 136, La Carta. 137, La Caravana del Oregón. 138, La danzarina del Nilo. 139, La mujer más bonita del mundo, (extra). 140, Labios rojos. 141, La perfecta coqueta. 142, Lo que cuesta la hermosura. 143, Dos novelas de amor. 144, Esclavo del Deseo, (extra). 145, El lirio dorado. 146, La reina de las muñecas. 147, Cordelia, la Magnífica. 148, ¡Cuidado, solteros! 149, El pequeño Robinson, (extra). 150, La gloria de ser mujer. 151, El naufragio de la Humanidad. 152, Milagro de juventud. 153, A través del Bósforo. 154, ¡Paso al amor! 155, Secretos, (extra). 156, Una Dama enmascarada. 15⁷, ¡Mi tío! 158, La venus de Montmartre. 159, El Aventurero. 160, La gota de sangre (extra).

POSTAL - FOTOGRAFÍA

1, Douglas Fairbanks. 2, Mary Pickford. 3, Charles Chaplin. 4, Perla Blanca. 5, Antonio Moreno. 6, Priscilla Dean. 7, Eddie Polo. 8, Mary-Douglas. 9, Francesca Bertini. 10, Harold Lloyd. 11, Constance Talmadge. 12, Frank Mayo. 13, Marie Prevost. 14, Ben Turpin. 15, Pina Menichelli. 16, Livio Pavanelli. 17, Norma Talmadge. 18, Tom Mix. 19, Gladys Walton. 20, Aime Simon Girard. 21, June Caprice. 22, Sessue Hayakawa. 23, Alice Brady. 24, Georges Biscot. 25, Hesperia. 26, Harry Carey. 27, Mary Miles Minter. 28, Charles Ray. 29, Ruth Roland. 30, William Duncan. 31, Pola Negri. 32, Wallace Reid. 33, Elena Makowska. 34, Jorge Walsh. 35, Viola Dana. 36, Camilo de Riso. 37, Alice Terry. 38, Hoot Gibson. 39, Clara Kimball Young. 40, Lee Moran. 41, María Jacobini. 42, William S. Hart. 43, Tsuru Aoki. 44, Herbert Rawlinson. 45, Betty Compson. 46, Jackie Coogan. 47, Dorothy Dalton. 48, Larry Semon. 49, Mabel Normand. 50, Gustavo Serena. 51, Marie Dupont. 52, Alberto Capozzi. 53, Leatrice Joy. 54, Charles Hutchison. 55, Gloria Swanson. 56, Rodolfo Valentino. 57, May Mac Avoy. 58, Mario Bonnard. 59, Eva May. 60, Milton Sills. 61, Margarit Livingsgron. 62, Ermete Zacconi. 63, Mae Murray. 64, «Snub» Pollard. 65, Bebé Daniels. 66, William Farnum. 67, Catalina Williams. 68, Alberto Collo. 69, Lillian Gish. 70, Max Linder. 71, Hope Hampton. 72, Thomas Meighan. 73, Mary Philbin. 74, Ramón Navarro. 75, Alla Nazimova. 76, Tullio Carminati. 77, Virginia Valli. 78, Eric Von Stroheim. 79, Ruth Miller. 80, Will Rogers. 81, Jacqueline Logan. 82, Tom Moore. 83, Bessie Love. 84, Wesley Barry. 85, Mme. Robinne. 86, Lon Chaney. 87, Corinne Griffith. 88, Douglas Fair-

banks (hijo). Polo (Especial). 89, Anita Stewart. Mary Pickford y Douglas Fairbanks (Especial). 90, Jack Pickford. 91, Italia Almirante Manzini. 92, Douglas MacLean. 93, Mlle. Madys. 94, Johnny Jones. 95, Marguerite de la Motte. 96, Morman Kerry. 97, Elinor Fair. 98, William Russell. 99, Patsy Ruth Miller. 100, Emilio Chione. 101, Marie Osborne. 102, Lewis Stone. ANGEL GUIMERA, (especial). 103, Mildred Harry. 104, Charles de Roche. 105, Enid Bennet. 106, Buddy Messinger. 107, Lois Wilson. 108, Elliot Dexter. 109, Geraldine Farrar. 110, Gareth Hughes. 111, Katherine MacDonald. 112, Earle Williams. 113, Ginette Maddie. 114, John Barrymore. 115, Louise Lorraine. 116, Febo Mari. 117, Mac Marsh. 118, Alec B. Francis. Douglas Fairbanks (Especial). 119, Fritzi Ridgeway. 120, George Hackathorne. 121, Alma Bennett. 122, House Peters. 123, Bárbara Bedford. 124, Forrest Stanley. 125, Vera Vergani. 126, Monte Blue. 127, Billie Burke. 128, Jack Holt. 129, Dorothy Philips. 130, Malcolm Mac-Gregor. 131, Ossi Oswalda. 132, Mahlon Hamilton. 133, Lucy Doraine. 134, Léon Mathot. 135, Arlette Marchal. 136, I. W. Kerrigan. 137, Billie Dove. 138, Lionel Barrymore. 139, Lee Parry. 140, Theodore Roberts. 141, Anna O'Nilsson. 142, Henri Krauss. 143, Lya Mara. 144, Richard Dix. 145, Vivian Martin. 146, Jean Angelo. 147, Geneviève Félix. 148, Conrad Veidt. 149, Mary Carr. 150, Al Sto. John. 151, Peggy Hyland. 152, George O'Brien. 153, Doris May. 154, Conrad Nagel. 155, Vera Reynolds. 156, Edmund Lowe. 157, Henny Porten. 158, Chales Jones. 159, Hella Moja. 160, Clide Cook.

COMPRE USTED
el 14.º libro de la BIBLIOTECA

Los Grandes Films

de

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

Contiene el argumento de la preciosa producción

VENGANZA DE MUJER

Creación insuperable de la bellísima estrella
NORMA TALMADGE, secundada por los
célebres artistas JACK MULHALL, LEW
CODY, EILEEN PERCY, LIONEL BELMORE,
etc.

(EXCLUSIVA ESPECIAL GAUMONT)

Lujosa presentación — Portada a bicolor — 1.8
páginas—Profusión de ilustraciones fotográficas.

Precio popular: UNA PESETA

¡ÉXITO ENORME!

EN BREVE

aparecerá el 8.º libro de la

COLECCIÓN DE OBRAS MAESTRAS

de

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

El ladrón de corazones

Interpretación de los grandes artistas
LEW CODY, ELINOR FAIR y otros.

Es una presentación del CIEC

Lujosa portada a tricromía.—112 páginas de
texto. — Numerosas fotografías.

Precio popular: UNA PESETA

DE VENTA EN TODAS PARTES